

UNA TARDE.

Mirando al cielo una tarde,
me dijo mi musa lánguida :
—“Esas aves que allá vuelan,
son golondrinas que pasan.”—

Poco después, conmovida,
me dijiste que me amabas
¡y la ilusión en mi pecho
derramó sus rosas blancas. . . !

Se iba la tarde apagando,
y en las azules montañas
tendía su roja clámide
con hilos de oro enfilecada. . . .

Y yo le dije á mi musa :
—“Soy feliz, porque me ama.
Dí, ¿qué son mis ilusiones? ;
dí, ¿qué son mis esperanzas. . . . ?

En ese instante, muy tristes,
unas aves se alejaban ;
y exclamó, mirando al cielo :
—“¡ Son golondrinas que pasan !

México, 1888.



INMORTALES.

A mi respetable y paternal amigo
el Sr. Gral. José Vicente Villada.

Canto primero.

Tarde por tarde, cuando el sol de Mayo,
sonrosando la frente de los cielos,
ocultaba con lánguido desmayo
su agonizante rayo
del tropical crepúsculo en los velos ;
ella, la vírgen mía,
esa niña con alma de poeta
que embriagada de amor y de alegría
inspiró á mi laud su melodía
y lo adornó con ramos de violeta ;
ella, mi pensadora,
que del sueño en los mágicos vergeles
ostentaba triunfante,
en sus labios un nido de claveles,
y en sus ojos un lampo de la aurora ;
ella, riendo ufana,
con la risa feliz del inocente,
acercaba su rostro á la ventana ;
y, ocultando su frente
tras el marco de blancas madreselvas,
contemplaba, con rostro embebecido,
el beso de las hojas en las selvas,
el beso de las gotas en la fuente,
el beso de las aves en el nido
y el beso de la luz en el torrente !

Y después, cariñosa,
 oprimiendo mi mano entre su mano,
 que era tersa y ligera
 y suave cual si fuera
 el ala de una blanca mariposa;
 —“Hay flores inmortales, me decía;
 hay flores inmortales, y esas flores
 son las que yo he soñado
 para adornar tu frente, vida mía;
 tu frente en que abandona
 mi corazón, sus besos de alegría,
 donde mi fe derrama sus fulgores,
 donde puso mi alma una corona
 tejida por la luz de mis amores!
 Hay flores inmortales, no lo dudes:
 mis ensueños son rosas, rosas blancas,
 que al caer en mis párpados rendidos
 me ofrecen sus aromas,
 cuando, al dormirme en brazos de la noche,
 me acuerdo de esos nidos
 donde se quieren mucho las palomas;
 mis esperanzas son los azahares
 que se abren á la luz de tu mirada
 y que al ir sus ojitas enlazando
 van trémulos formando
 mi corona inmortal de desposada;
 y mis recuerdos son mustias violetas,
 las violetas que alegre la inocencia
 fué en mi cuna de encajes derramando,
 y que se fueron sí, pero dejando
 empapada en perfumes mi existencia!
 Y esas flores no mueren ¡imposible!
 ¿Y cómo han de morir si son las flores
 que alimentan el alma,
 y el alma es inmortal. . . . ? Si eres sensible
 no me hables más del porvenir obscuro:
 Hay flores inmortales, no lo dudes;
 hay flores inmortales, te lo juro!”

Y nerviosa, intranquila,
 inclinándose ufana,
 lanzaba á mi pupila
 de su negra pupila americana
 el beso tropical.
 Y en tanto, lejos,
 absorta ante los últimos reflejos
 del espirante sol, se reclinaba
 la ciudad, medio envuelta
 en el ropaje negro que le daba
 el Genio de la noche. ¡Parpadeaba
 el mundo soñoliento!
 Y en las alas del viento,
 al perderse en el cielo enrojecido
 la nube que al contacto voluptuoso
 de la luz, ruborosa se encendía,
 iba del sol tras la brillante estela
 como si fuera la turgente vela
 de un barco luminoso
 que en un golfo de sangre se perdía!

CANTO SEGUNDO.

Responde, juventud:—¿Para qué sirven
 tus sueños tropicales?
 Yo soy joven aún, tengo en el alma
 el germen de tus dulces ideales;
 y sin embargo, inclino la cabeza,
 y abrazado convulso á la pobreza,
 naufrago del placer y los amores,
 ay! no puedo alcanzar en mi tristeza
 ni la flor menos bella de tus flores!

Devolvemos sus lirios á la infancia
 y ella se va. La juventud ardiente
 en el alma derrama su fragancia,
 sus cánticos sentidos,

y dice al corazón, con voz vehemente,
los secretos del pólen y los nidos.

Y la infancia se va Lejos, perdida,
no vierte cariñosa
de sus pupilas el fulgor de luna,
y el niño, con el alma estremecida,
saluda al Oceano de la vida
irguiéndose en el borde de la cuna.
Y se lanza ¿Y á qué . . . ? Llega la hora
en que mustio reclina la cabeza
en el seno glacial de la Tristeza . . .
Tú, juventud, hermana de la aurora,
¿por qué arrebatas con afán impío
al niño del hogar de la inocencia
y ofreces á la flor de su existencia
el mentiroso amor de tu rocío . . . ?

* * *

La noche descendía paso á paso,
y la tarde, que triste la miraba,
silenciosa y temblando, se encerraba
en la elegante alcoba del Ocaso.

Mayo enfloraba las distantes selvas:
las blancas madre selvas
trepaban al esbelto naranjero,
y dejaban caer una guirnalda
sobre el cafeto de hojas de esmeralda
que creció junto al límpido venero.

Era el mes del placer! Las mariposas
espiaban indiscretas, los amores
de las sangrientas rosas;
los silfos desplegaban todo el lujo
de sus alitas diáfanas. Las brisas
jugaban de la tarde á los fulgores . . .
ay! era la estación á cuyo influjo
tiemblan de amor las tempraneras flores.

Y en voz baja, mi niña me decía:
—“Siempre, mi rey, te he dicho lo que siento;
siempre, siempre entregué á tu pensamiento
los sueños que forjara el alma mía;

mas hoy que tornas de tu largo viaje
no sé . . ! ¡Tengo vergüenza . . ! ¡Hay una extraña
sensación que trastorna mi cabeza
Me ruboriza la menor patraña,
con morderme los labios me embeleso . . .
¡Ah! ¿qué será este afán, loco, infinito?
—¿Por qué, mi cielo, si en tu amor medito
pliego los labios y te mando un beso?”

Yo absorto la escuchaba;
con ansiedad profunda la miraba,
y sus calientes manos oprimía.
Ya no era aquella niña sonriente
que ocultando su frente
—“Hay flores inmortales”—me decía.
Era ya una mujer, y la tristeza
agobiaba su artística cabeza,
porque en el fondo tibio de su seno
arrojaba crüel, como un veneno,
su savia, la inmortal NATURALEZA!

Ardiente la miré . . . se fué acercando . . .
sus labios, entreabiertos, me atrajeron . . .
Sí, los besé . . . Sus brazos me oprimieron . . .
dió un grito de placer . . . huyó temblando . . .

Y la noche llegó! Todas las aves
se adurmieron, medrosas, en el nido;
el pabellón sublime del espacio,
quedó con clavos de oro suspendido;
y el torrente, surcando las cañadas,
condujo á las praderas olvidadas,
en barquillas de espuma vaporosa,
mosquetas deshojadas,
manojos de gardenias desmayadas
y temblorosos pétalos de rosa.

CANTO TERCERO.

¡Oh dichas del ayer! ¡Fugaces horas,
formas del ideal que os deshicisteis
para tomar las formas seductoras
de una mujer. . . . huíd, huíd ligeras
y dejad que en mis ansias infinitas
deshoje tristemente las marchitas
guirnaldas de mis muertas primaveras!
Recordar! Recordar me causa hastio!
Yo sé muy bien que el cáliz de las flores
necesita del beso del rocío;
pero sé, por mi mal, que en sus amores,
caen los pétalos mustios sin colores,
y la gota es vapor, errante y frío!

Ella, mi pobre niña ya no quiso
verme otra vez. Tenaz melancolía,
encendió en su pupila apasionada
una luz funeral. La selva umbría
ya no escuchó su alegre carcajada,
y en su postrera carta, apasionada,
¡aun me acuerdo!

—“¡Oh, amado!—me decía,—
fui débil nada más; pero soy pura;
mas si torno á mirarte, la ternura
y esta pasión satánica y sombría
estallarán en mi anhelante seno
y rodarán entonces sobre el cieno
las flores ¡ay! de la inocencia mía. . . .!
Vete; no tornes más. . . .! Ah! ¡sufro mucho!
¡Con cuánta angustia escucho
el eco agonizante de aquel beso!
Fuí una loca. . . . ¡perdón. . . .! ¡estaba ciega!
No pude imaginar que el embeleso
de dos que se acarician delirando,
fuera el saludo que se dan temblando
el genio del amor que triste llega
y la paz que se aleja sollozando!

—Hay flores inmortales—te decía—
¿No te acuerdas, mi bien? ¡cuánta tristeza!
Te lo juré mil veces, bien me acuerdo:
Será inmortal la flor de tu recuerdo!
Será inmortal la flor de mi pureza!
Vete, vete, por Dios! De estos amores
aparta, por piedad, tu pensamiento.
No soy cruel al deshojar tus flores,
que es mejor el puñal de los dolores
que el puñal del voraz remordimiento!”

Con el hondo pesar con que se cierra
un ataúd, así cerré esa carta;
sacudí la cabeza entristecida,
y partí. . . . me alejé. . . . ¿Como la tierra
no tembló con mi horrible despedida. . . .?

¡Qué barullo! ¡Qué estruendo! Se hacinaban
en el andén los sacos de viaje,
al largo tren más carros se agregaban,
y los viajeros, todos se agitaban,
produciendo el rumor de un oleaje.
Llegó la hora. La audaz locomotora,
silbó, partió triunfante,
y avanzando soberbia en el desierto
su banderola de humo sacudía,
cual adalid que saludara amante
al sol que por mirarla, en ese instante
su docel de celajes entreabría!

Tarde por tarde, cuando el sol de Mayo,
sonrosando la frente de los cielos,
oculta con desmayo
su agonizante rayo

del tropical crepúsculo en los velos;
 cuando ya la ciudad parece muerta
 y velan solamente, temblorosos,
 los recuerdos que van, de puerta en puerta,
 pidiendo una limosna de sollozos;
 entonces me reclino en mi ventana;
 miro el confin donde la luz oscila;
 con ávida pupila
 abarco la extensión del cielo obscuro,
 y escucho un vago acento
 que me repite trémulo, inseguro,
 despertando pasadas inquietudes:
 —“¡ Hay flores INMORTALES, no lo dudes!
 Hay flores INMORTALES, te lo juro!”



A LIZARDI. (1)

Y su mente enaltecida
 Nadando en la claridad,
 Bendecia sus prisiones
 Preparándose a luchar....

Guillermo Prieto (romancero nacional.)

Con su manto de harapos la pobreza
 cruzaba silenciosa. La Tristeza
 de faz descolorida,
 alzaba estremecida
 al mustio cielo la gentil cabeza.
 La imprenta estaba muda. En abandono
 la cítara del bardo.
 Avanzando sagaz, con paso tardo,
 la Inquisición de faz ensangrentada;
 y allá, medio velada
 por el docel purpúreo,
 la Exclavitud gimiendo junto al trono
 del monarca español....!

¡ Oh luz del día!
 ¡ Sublime libertad....! ¡ Héroses del mundo!
 ¿ Por qué dejais que á la memoria mía
 se presente ese cuadro de agonía,
 en que se estrechan con amor inmundo
 la Sombra y el Horror....? ¿ Es esa noche
 la urna funeral donde descansa
 un cadáver....? Silencio....
 La noche es la columna donde posa
 su planta de oro la gentil aurora;

(1) Don José Joaquín Fernández de Lizardi.— EL PENSADOR, MEXICANO.

la noche es una negra cabellera,
 donde prende la virgen esperanza
 sus luminosas flores;
 sobre la noche verterá fulgores
 el Sol, el alto Sol; y placentera
 entonces alzará la adusta frente,
 la juventud derramará sus galas,
 elevará sus himnos al torrente,
 desatará el viento,
 y volará, fugaz, el pensamiento
 como un condor que con sus rudas alas
 quiere azotar la faz del firmamento!

¿Y adonde está ese sol.....? Ved, ved ese hombre
 de rostro enjuto, de tenaz mirada,
 de lacia cabellera: él es.... ¡Lizardi....!
 ¿No sentis que se acerca la alborada....?

¡Sombra del pensador, yérquete altiva!
 Tu patria te saluda cariñosa,
 y la gloria te estrecha convulsiva,
 y al contemplar tu frente pensativa
 te regala su cítara de diosa!
 Ya el mundo misterioso que soñaste
 surgió del hondo mar! La Independencia,
 de que te habló tu ciencia,
 y que con pluma altiva bosquejaste,
 ante tus ojos replegó su vuelo.
 La Imprenta ya está libre, y ya la Historia
 y la novela nacional florecen....
 ¡Los dioses del progreso se estremecen
 ante el fulgor del mexicano cielo!

Allá en la ardiente costa, donde inclina
 su esbelta cabellera de esmeraldas
 el tibio limonero, donde trina
 el alegre turpial, y donde reina
 el acento soberbio de los mares,

las pálidas jarochas
 elevan sus magníficos cantares.
 Allá en Guadalajara,
 como un hosanna al sol de la alegría,
 se levanta incitante, cadenciosa,
 la voz, siempre amorosa,
 con que canta la ardiente tapatía.
 Y allá, junto al altivo Guadalupe,
 donde la guerra desató su rayo,
 recojiendo su túnico de grana
 recita sus romances la poblana
 ante las tardes del hermoso Mayo!
 ¡Oh qué emoción tan bella!
 ¡Oh qué alegre concierto se levanta!
 Esa es la lira nacional.... es ella....
 ¡es tu hija, Lizardi, que te canta....!

Humanidad, escúchame.... responde:
 ¿Qué cosa son los genios en la tierra?
 ¿Son mendigos....? ¿son reyes?
 ¡Oh, nó! son los soldados
 cuya ambición de engrandecer la historia
 los impulsa á alcanzar una victoria
 que al retroceso vil ciega y aterra:
 la gloria de los hombres es su gloria!
 las leyes del progreso son sus leyes!
 Ellos surgen del pueblo;
 y buscan al que sufre y al que gime,
 y al encontrarse con sus rosas muertas,
 las resucitan con su luz sublime.
 Creadores como Dios, producen libros
 que enseñan á pensar, que moralizan;
 grandes como Colón, por la existencia,
 en busca de otro mundo se deslizan;
 mártires del dolor, sufren la muerte
 en un triste calvario.... el del olvido:
 allí, donde la Infamia se divierte
 en sofocar el último gemido!

Y después . . . y después . . . ¡oh! la Justicia
 llena de luz el horizonte obscuro,
 y los genios descienden del calvario,
 y se sientan al borde del osario
 para mirar los campos del futuro!

—
 ¡Sombra del pensador, torna la ardiente
 pupila, y que nos dé todo su brillo!
 ¿Cómo, genio inmortal, te han olvidado?
 ¿Cómo la Estupidez—“Excomulgado!”—
 se ha atrevido á grabar sobre tu frente?
 ¡Ay! ¿cómo tan ridículo anatema,
 sobre esa frente inmensa que ha creado
 la figura inmortal del PERIQUILLO?

—
*Desplómense los cielos de sus ejes,
 Trástórnense los bosques y peñascos,
 Vuélquese el mar, inflámense los vientos (*)*
 ¡Ah! prestadles vigor á mis acentos,
 dioses de libertad y de Victoria,
 ¡Todos en pie . . . ! ¡Cantemos á Lizardi . . . !
 ¡Regocíjate tú, Sol de la Gloria!

—
 México, Marzo 9 de 1899.



(*) Estos tres versos pertenecen al "Himno á la Divina Providencia," del PENSADOR MEXICANO.

GOTA DE AGUA.

A Manuel Gutiérrez Nájera.

—
 Coloqué en el florero un ramillete
 de humedecidos nardos,
 y una gota de agua cayó entonces
 en la mesa de mármol;
 Y esa gota—diamante que la aurora
 tallara con sus manos—
 así me dijo, cuando ya el crepúsculo
 recojía su manto:
 “No soy agua nomás; calla, no sabes
 lo que soy, lo que valgo:
 yo soy un firmamento: tengo auroras,
 y tempestades, y astros!
 al despertar el sol, es una esfera
 de púrpura el espacio;
 y al bañarme en su luz, sobre las flores
 soy un rubí engarzado.
 A la hora de la siesta el firmamento
 está brillante y raso,
 y es tanto mi brillar en esa hora,
 que ciego con mis rayos.
 El crepúsculo cubre el horizonte
 con velos azulados,
 y el crepúsculo cubre mi hermosura
 con un cendal dorado.
 Prometeo infeliz, que al alto cielo
 robara el fuego sacro,
 es nada junto á mí! ¡Yo robé el iris
 al cielo americano!
 Si ruje la tormenta, mis reflejos
 remedan sus relámpagos;
 Y en las noches retrato las estrellas,
 y así tengo mis astros!”—

Calló . . . rodó . . . detúvose la gota,
 y prosiguió, temblando:
 "Soy hija de la ciencia, pues dos gases
 Con su amor, me formaron;
 Soy madre, pues los seres que me habitan
 de mi ser han brotado;
 Soy espejo convexo y de la luna
 quiebro el reflejo vago;
 soy un prisma pequeño, y analizo
 del sol el primer rayo.
 Soy un "adiós" al adornar de un muerto
 los amarillos párpados;
 soy caridad, al refrescar la frente
 del humilde artesano.
 Materialista, á veces, adivino
 los secretos del fango;
 y romántica, á veces, extremezco
 el arpa de los bardos!
 Simbolizo el amor sobre una rosa;
 el recuerdo en un nardo;
 la pena en la retama, y en el sauce,
 el triste desengaño!"
 Así dijo la gota cristalina
 y trémula, temblando,
 resbaló . . . resbaló—mundo de plata!—
 por la mesa de mármol . . . !
 Y entonces exclamé:—"Genios del tiempo,
 os vais con vuelo raudo;
 amor, tus amapolas se deshojan;
 ciencia, se van tus astros;
 y la muerte se acerca y el silencio
 oprime nuestros labios !
 La vida es gota de agua que se pierde
 en la tumba de mármol!—
 Callé . . . la noche descendió muy fría,
 y trémulo, turbado,
 tomé las flores, las envié á mi novia
 y me alejé llorando!

México, Junio 5 de 1888.

CUANDO AMANEZCA.

(16 DE SEPTIEMBRE.)

Sabedlo . . . ! cuando tímida la aurora
 vuelque en los lagos sus purpúreas flores
 y eleve la calandria soñadora
 la trémula, sonora
 y lánguida canción de sus amores
 Sabedlo . . . ! Entre las ráfagas del cielo
 descenderán con magestuoso vuelo
 las sombras de los héroes, lentamente,
 para ofrecer su pabellón glorioso
 á la joven América
 y abandonar un beso silencioso
 en su morena frente

Oh! vosotros, soldados de la industria!
 Oh! vosotros, sectarios de la ciencia!
 Oh! vosotros, artistas soñadores
 que deshojais del ideal las flores
 para robarles su embriagante esencia!
 Vosotros, recibidlos dignamente:
 cante el martillo sobre el férreo yunque
 á la luz de la fragua refulgente;
 muestre la ciencia la sublime fórmula
 con que á los astros su secreto arranca;
 conviértase en estatuas el granito,
 y láncese la estrofa al infinito
 como una garza blanca

Sabedlo . . . ! Entonces, hallarán los héroes
 á su América erguida,
 y digna de ceñirse la corona
 que ellos le dieron con su sangre ungida!
 y sonriendo, tenderán el vuelo . . .
 y eternamente dormirán tranquilos
 en la marmórea tumba de la historia,
 donde los vela con amante celo,
 desfalleciendo de pasión, la Gloria . . . !

México, 1888.



DESPUES DEL BAÑO.

El húmedo cabello destrenzado
 dando hilos de oro al esplendor dei día;
 el mármol de la tez ruborizado
 por la caricia audaz del agua fría.

La boca de carmín donde imprudente
 el amor ocultó sus embelesos,
 más roja aún cual si su sangre ardiente
 brotar quisiera convertida en besos.

Y en la mirada franca y sin engaño
 la luz de la ternura y el consuelo . . .
 Alegres ninfas del oculto baño,
 ¿No es más bella esa luz que la del cielo?

Y pasó lentamente . . . El aire puro,
 por perfumar sus ondas, la abrazaba . . .
 ¡Qué hermosa iba con su traje obscuro!
 ¡Sentí que el corazón se me escapaba!

Mas no le hablé de amor! Nó ¡qué locura!
 Yo soy el duelo y ella es la alegría;
 ¡Oh, pobre genio de la noche obscura!
 ¡No te enamores de la luz del día!

Inmóvil la miré. Con mis dolores
me alejé melancólico y sombrío....!
Náyade ¡adios....! Tu río lleva flores....!
¡Lágrimas nada más lleva mi río!

México, 1888.



MARIPOSAS.

(A Luis González Obregón.)

I

Mariposa feliz, son tan blancas
tus alas de seda,
que parecen dos hojas de lirio
salpicadas con polvo de perlas.

Mariposa de alitas de nieve,
es tu dicha la luz de la aurora;
la niñez te persigue cantando....
Adios, mariposa....!

II

Mariposa fugaz, son tan rojas
tus alas de raso,
cual si audaces se hubieran teñido
al rosar de una virgen los labios.

Mariposa de alitas de sangre,
son tu ensueño las pálidas rosas;
el amor te contempla riendo....
Adios, mariposa....!

III

Mariposa amarilla, tú cierras
tus trémulas alas,
como cierra sus fúnebres flores,
pensativa, la mustia retama.

Mariposa infeliz, desfalleces
cuando el sol al ocaso se arroja;
la tristeza, callada, te sigue....
Adios, mariposa....!

IV

Mariposa nocturna, tus alas
expléndidas de ébano,
me recuerdan los tristes adornos
que realza el artista en los féretros.

Mariposa tenaz, tú eres nuncio
del eterno dolor.... de la sombra....!
En mi alma hay tinieblas, hay duelos....
¡Salud, mariposa....!

México, Octubre de 1888.



NOCTURNO DE ESTIO.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA.)

A Luis G. Urbina.

Azucenas de cáliz de alabastro
desperta!; entreabrios azahares;
resucitad ¡oh flores! que ya el astro
que os llenó de pesares
al agostaros con su beso ardiente,
ocultó melancólico la frente
tras la extensión desierta de los mares.

Ya es de noche. Las sombras silenciosas,
de fantasmas pobladas,
invaden las llanuras olvidadas;
en el jardin desmáyanse las rosas;
jadeante el mar; tendiéndose en la playa,
con languidez solemne se desmaya,
y en el confin desierto
se oye un rumor incierto,
indefinible, lánguido, sombrío.....
¿Quién turba temerario á tales horas
tu paz, Naturaleza adormecida....?
¿Quién te despierta impío?
Sabedlo! que mi alma estremecida
os lo puede decir: es el ESTIO!

Salud! tibia estación; salud ¡oh noche!
 que vienes como novia apasionada
 á coronar con tus ardientes besos
 mi cabeza en la hamaca reclinada!
 ¡Qué trémulas, qué hermosas,
 son, noche, las guirnaldas de fulgores
 con que recojes, pálida de amores,
 el cortinaje azul del hondo cielo!
 ¡Qué dulce es el anhelo
 que inspiran ¡ay! tus soñolientas flores!
 Tú eres amor ¡oh noche del Estío!
 Cuando bajas del cielo deslumbrante,
 el alma palpitante
 te espera arrodillada;
 y cuando huyes, dejando que te cubra
 con pétalos de rosa la alborada,
 todo es canto de amor, todo es incienso:
 el rugido del mar, es himno inmenso;
 el pobre nido es tímida balada!

.....

 Y en el aire los duendes aletean,
 y en el campo los sátiros batallan,
 y al estallar los besos del Estío,
 los gérmenes estallan.....!
 ¿Qué voluptuosidades misteriosas
 palpitan en la atmósfera serena?
 ¿Qué aliento de mujer hay en las rosas?
 ¿Por qué hierve la savia? ¿Por qué suena
 ese rumor de ahogados cuchicheos,
 de roces, de suspiros, de aleteos....?
 ¿Es que surge del mar, de encantos llena,
 otra Venus.....? Oh! cállate, Armonía,
 ¿A donde vas apasionada y loca....?
 ¡Qué diera por besar tu tibia boca,
 melancólica y dulce amada mía!

Y los dioses se van! Mi soñadora
 frente se inclina de pensar cansada.
 ¡Qué quieta está la brisa perfumada!
 ¡Qué blanca está la hamaca arrulladora!

Oh! misterios sublimes; oh! pasiones!
 oh! sombras voluptuosas
 que haceis estremecer los corazones
 y convertis las muertas ilusiones,
 —esas larvas sin luz—en mariposas!
 Dejadme reposar!—Ya sobre el monte
 prendió la aurora su primer celaje,
 y sobre el lienzo azul del horizonte
 del lejano paisaje
 el contorno, indeciso, se destaca.....
 Salud! inmenso amor, ensueño mío!
 Salud! lánguidas noches del Estío....!
 ¡Oh sueño! ven á columpiar mi hamaca!

México, 1888.

